

PAREJA, FAMILIA, PROFESIÓN, CIUDADANÍA: EL RETO DE SER MALABARISTAS SIN PERDER EL NORTE NI LA SONRISA

BELÉN SANTAMARÍA ERAÑA. CVX.*

ALFONSO SALGADO RUIZ. CVX.**

Fecha de recepción: enero de 2019

Fecha de aceptación y versión final: febrero de 2019

RESUMEN

Amoris Laetitia es un marco privilegiado para pensar el papel del matrimonio en la construcción de la familia y la sociedad actuales. Y hacerlo desde dos supuestos inexcusables: gradualidad como constatación y criterio, y discernimiento como actitud. Los matrimonios y las familias son realidades muy diferentes y concretas, con un horizonte ilusionante y elevado, pero caminando como seres humanos, hechos de carne y realidad. Asumir que la vocación querida por Dios al matrimonio y la familia se hace real en personas concretas y decisiones cotidianas concretas supone aceptar el reto, pero también supone asumir que el final del camino no se alcanza en las primeras jornadas de marcha. Entendemos que discernir es decidir 'según Dios': asumir los principios del Evangelio como guía y aplicarlos a la realidad cotidiana de la educación de los hijos, la participación activa como ciudadanos, el ejercicio profesional... y hacerlo como pareja, llamada a ser una sola carne sin renunciar a la irrepetible personalidad de cada uno.

PALABRAS CLAVE: matrimonio, compromiso, vocación, discernimiento

**PARTNER, FAMILY, PROFESSION, CITIZENSHIP: THE
CHALLENGE OF BEING A JUGGLER WITHOUT LOSING FOCUS OR
ONE'S SMILE**

* Cáritas Diocesana de Salamanca. belsaner@hotmail.com

** Universidad Pontificia de Salamanca. asalgadoru@upsa.es

SUMMARY

Amoris Laetitia (The Joy of Love) is a privileged framework with which to contemplate the role of marriage in making a family and current society, while doing so from two mandatory premises: gradualness, as verification and criteria, and discernment, as attitude. Marriage and family are two very different and specific realities that have an exhilarating and noble outlook, but, as human beings, they are created from flesh and reality. Assuming the vocation desired by God regarding marriage and family materialises in particular people, and specific everyday decisions entail accepting the challenge and recognising that the end goal is not reached within the first few steps. We understand that discernment is to decide 'according to God': to accept the principles of the Gospel as a guide and to apply them to the everyday reality of educating children, participating actively as a citizen, undertaking professional work, etc., and to do so as a couple, being one single entity without renouncing each one's unique personality.

KEY WORDS: marriage, commitment, vocation, discernment

Matrimonios que parecen ser felices: algunos datos que sirvan de introducción

En un pasado trabajo¹ se pudieron determinar algunas características que presentan las familias 'fuertes', familias resilientes que no han tenido menos problemas que las demás, pero han podido permanecer unidas y con un elevado grado de satisfacción y felicidad a pesar de las dificultades. En un artículo anterior dimos cuenta de algunas conclusiones sobre las familias² y ahora quisiéramos fijarnos en lo que hacen los matrimonios y parejas que no visitan habitualmente los centros de orientación y terapia porque parecen ser capaces de manejar los problemas cotidianos a los que

-
1. A. SALGADO, *Intervención psicológica en problemas familiares y de pareja. Propuestas de tratamiento a partir de la investigación sobre fortalezas familiares*, Material docente del Instituto Superior de Ciencias de la Familia, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2014.
 2. A. SALGADO, «*Diversidad y unidad: estructura, funciones y fortalezas de la familia*». *Sal Terrae*, 103 (2015), 471-484.

se enfrentan, resolver con cierta eficacia los retos diarios de conciliación y, desde ahí y por la práctica de cierto estilo de relación, definirse como personas y parejas felices.

Esto es útil de cara a la atención pastoral con novios y matrimonios precisamente porque la funcionalidad de la familia y la pareja se basa en el comportamiento, de manera que el objetivo es cambiar de enfoque: resulta más útil centrar la atención en lo que marcha bien y ayudar a las parejas a partir de sus fuerzas y capacidades. A partir de este tipo de trabajos pueden resumirse algunas de las características más relevantes que definen a las parejas competentes, características que configuran la diana o el blanco del consejo marital y la base de una pastoral que ayude a crecer en el seguimiento a Jesús como pareja y como familia a Jesús desde esas claves.

Algunas de estas características son:

1. Son parejas que *observan y reconocen las cosas positivas que el otro hace* habitualmente: se ‘ponen las gafas’ para descubrir aciertos, pequeños logros, muestras de comprensión y compasión, actitudes que enamoran, detalles que te hacen encantadora, cosas tuyas por las que merece la pena seguir apostando por ti, concreciones de aquello de ti que más me gusta... sin grandes aspavientos ni dramatismos románticos que no tienen largo recorrido pero sí expresando su valoración y reconocimiento. Cultivan el cariño y la admiración por el otro, lo que favorece un comportamiento recíproco en el mismo sentido.
2. *Hacen cosas positivas por el otro*: le cuidan, se interesan por sus cosas, conocen los ‘mapas del amor’ del otro: sus gustos, sus intereses, sus proyectos... y dan muestras de recordarlos y contribuir a su consecución.
3. *Pasan tiempo juntos* y relacionándose, en el día a día y en el tiempo libre. Quizás la jornada laboral y otros compromisos no les permiten disfrutar de todo el tiempo juntos que desean, pero cuando lo hacen, lo aprovechan para charlar, para pasear, para compartir una película o comentar una noticia... Planean actividades juntos, algunas de las cuales comparten con el resto de la familia o

los amigos y otras son íntimas de los dos, pasan tiempo juntos en alguna actividad de ocio y que suscita emociones positivas. No necesariamente son momentos largos e intensos, pero sí frecuentes a lo largo del día y la semana.

4. *Se dejan influir por el otro*: aprenden a ceder, aprenden a convivir y encontrar las formas ‘justas’ de estar, hacer y compartir. Terminan pareciéndose porque se contagian el uno de la otra.
5. Practican *buenas maneras de comunicarse y de resolver problemas*: son claros, no se obligan a adivinar la causa del malestar o la pre-ocupación, no usan monosílabos en los debates, se miran y se tocan con frecuencia, escuchan, reparten el tiempo, se expresan entre ellos con libertad y educación, discuten para aclarar no para ofenderse... y emplean un modo correcto de solución de problemas: qué pasa, qué queremos conseguir, posibles soluciones, compromiso y evaluación.
6. *No dejan de ser pareja además de ser padres*. Sin duda, los hijos son la principal ocupación de cada uno y de los dos juntos. Y el trabajo, por supuesto, pero no por ello se olvidan de cuidar y disfrutar de la pareja que son, de la persona a la que eligieron y con la que desean convivir el resto de la vida. Hay tiempo para todo. Y son conscientes de forma cotidiana de que el mejor servicio que pueden ofrecer a sus hijos, la mejor base desde la que ayudarles a crecer es una relación entre los dos sólida, feliz, afectiva, cómplice.
7. Promueven un *sentido de finalidad y trascendencia*: del ‘uno más uno’ al dos. Que no supone la disolución de la identidad personal ni el derecho a los propios objetivos y ambiciones personales, sino que implica un compromiso hecho de decisiones (y por qué no decirlo, también de renunciaciones) y elecciones cotidianas donde lo que se quiere construir como pareja es más que la simple suma de las partes. Para cada uno de los dos, la pareja que ambos forman es uno de los principales valores de la vida, algo que da sentido a cada uno y permite trascender las pequeñas cosas de cada día en un proyecto común que les hace sentir que

crecen y son mejores y más dichosos. Un plan para cada uno y para los dos que llevará aparejado trabajo y empeño, renuncia y cesión, coraje, perdón y paciencia, pero que ambos consideran que merece la pena porque es un tesoro. En el estudio de las fortalezas humanas que se viene realizando desde hace poco más de una década por la Psicología Positiva sabemos que la vida significativa, esto es, dotar a las acciones y compromisos de un sentido que trasciende al propio individuo y se ponen al servicio de una causa mayor es una fuente estable de bienestar personal. Es muy probable que las parejas que viven en una clave de vida significativa sean instrumentos activos y eficaces de desarrollo y felicidad de cada uno de sus miembros.

8. Saben proteger su intimidad y separar la pareja que son del resto de las personas y relaciones, pero mantienen *contacto activo con otras personas*, otros proyectos, otras realidades. Las parejas que se implican en redes sociales positivas (e. g. parroquia, comunidad, asociación de padres del colegio...) afrontan mejor la adversidad que las parejas aisladas.

Desde aquí, algunas ideas que pueden ayudar, especialmente cuando se inicia la convivencia, o cuando ésta se ve afectada por las novedades que van llegando (e. g. nacimiento de los hijos, salida definitiva de alguno de ellos, el 'nido vacío',...) o ante los retos de la conciliación entre el cuidado de la relación de pareja, a la que nos reconocemos llamados por vocación, y otros requerimientos que son exigencias (y deseos) del guión como laicos profesionales y ciudadanos, serían:

- cuidar la expresión frecuente, sencilla y sentida de gestos de cariño y aprecio,
- cuidar el apoyo emocional y la empatía con el otro,
- expresar reconocimiento por su valía y admiración hacia él /ella,
- compartir sentimientos, sin necesidad de que la otra persona deba averiguarlos,
- recordar de vez en cuando momentos agradables compartidos,

- aconsejarse uno a otro y dejarse aconsejar y acompañar, porque no lo sabemos todo,
- apoyar objetivos e intereses del otro,
- respetar el derecho del otro a equivocarse y advertir de forma educada y asertiva aquello que nos molesta,
- y ante los momentos de enfado, de daño causado o de error, que vendrán si no han venido ya, tener en cuenta el valor de dos moduladores conocidos: la aceptación de los intentos de reparación y el valor del perdón, y la validación del mensaje y los sentimientos del otro.

La idea que subyace en este tipo de aproximaciones es que debe entenderse el amor en la pareja no tanto como la causa sino como la consecuencia de una serie de comportamientos e interacciones que dan como resultado un aumento de la intimidad, el compromiso y el amor. Es, evidentemente, una visión particular, aunque con bastante base de evidencia en datos empíricos, y por supuesto, mucho más activa que emocional. Es decir, entendemos que la calidad de la relación de pareja y el amor en el matrimonio es fruto, en gran parte, de lo que cada uno y los dos ponen de su parte, no sólo un fenómeno afectivo (que quizás fue el enamoramiento inicial) sino mucho más integral, integrador y completo. Cuando una persona le dice al otro ‘te quiero como no quiero a nadie más’ está no sólo expresando un deseo y un sentimiento, sino también una opción, un compromiso, una decisión que se determina en comportamientos concretos que actúan como acicate y consecuencia de la propia relación.

En la Figura 1 se muestra un esquema con los elementos más relevantes que configuran esta visión: una relación de pareja es una relación de dos biografías que deciden convivir y mantener transacciones entre sí en un contexto físico y social determinado. Estas transacciones producen y mantienen los ingredientes fundamentales para tomar la decisión de convivir y crecer juntos: el amor, la intimidad y el compromiso. A su vez, la calidad, desarrollo y duración de estos ingredientes están mediatizados por variables o factores del contexto físico y social (i. e. oportunidades y riesgos para el compromiso, cambios de vida, normas sociales y relaciones

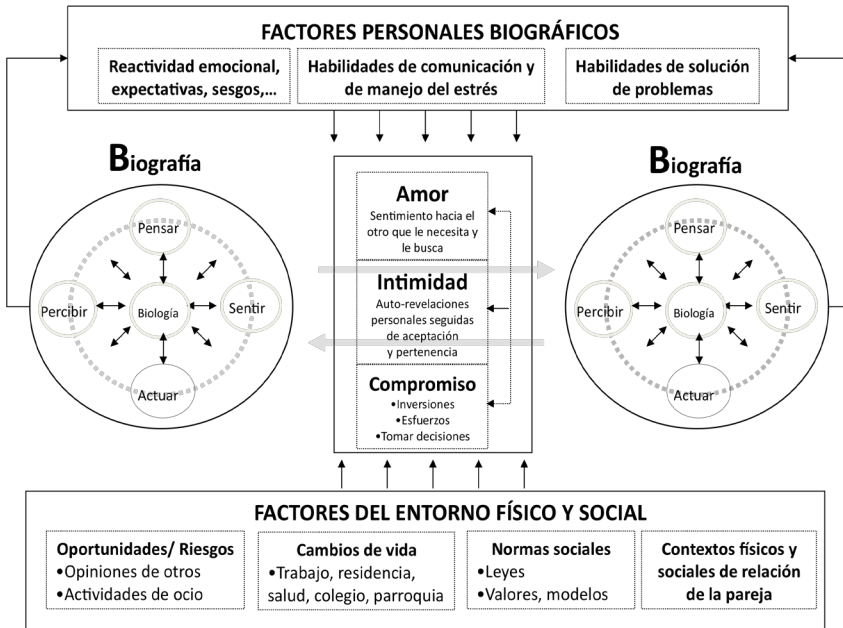


Figura 1. Visión biográfica y transaccional de la relación de pareja.

con otras personas distintas del esposo/a o la pareja), y por variables personales biográficas de cada uno (e. g. reactividad emocional, expectativas, sesgos, habilidades de comunicación, de manejo del estrés y de solución de problemas...). En una relación de pareja, el comportamiento de cada uno, es un estímulo o antecedente y proporciona resultados o consecuencias para el otro. Y en ‘funcionamiento’ de cada miembro de la pareja participan su particular modo de atender, ver y oír, de sentir y emocionarse, de pensar, recordar, anticipar y atribuir, y de comportarse de forma explícita. Una biografía que asume también el paso del tiempo y los cambios biológicos que se van sucediendo.

Eso es la vocación: una llamada (gradual) para la felicidad

¿Y para las parejas creyentes, que contemplan el matrimonio en toda su extensión, como reto de vocación personal y compartida? En el ritual del

matrimonio, cabe una fórmula de bendición de los recién casados, que es cualquier cosa menos el reconocimiento de un acto intimista y privado, de un acto social y protocolario o de una propuesta sólo ‘de puertas adentro’, y menos de puertas de alcoba. Dice así: “...*que en la alegría te alaben, Señor, y en la tristeza te busquen; en el trabajo encuentren el gozo de tu ayuda y en la necesidad sientan cercano tu consuelo; que participen en la oración de tu Iglesia y den testimonio de ti entre los hombres;... que Dios los haga testimonio de su amor en el mundo, que los pobres y afligidos les encuentren bondadosos y les reciban un día en el reino eterno de Dios,... para que los dos formen una comunidad de trabajo en la sociedad humana, y sean célula viva de apostolado en la Iglesia santa de Dios,... para que tengan hambre y sed de justicia, para que colaboren lealmente a la difusión del reino de Cristo*”³.

Si esto es lo que pedimos a Dios para los felices esposos al final de la boda, quizás estamos proponiendo un programa en el que sean (1) una *pareja con sentido*, con trascendencia, religiosa por supuesto, pero también social, ciudadana, vecinal, comunitaria,... una pareja que se quiere y que genera participación, compromiso, colaboración, cercanía y acompañamiento, no sólo a los de casa sino a todos, una pareja que (se) trasciende y en ese sentido amplio donde decide encontrarse, crece y ahonda cada uno y los dos juntos, (2) una *pareja abierta*, cívica, compasiva, de ventanas abiertas para mirar y escuchar la calle y puertas abiertas para salir y acoger; y al abrir su puerta y dejar que su casa se llene de gente (aunque a veces llegue de forma inoportuna, ese es el riesgo) nota como las paredes de su día a día se ensanchan y su vida íntima se enriquece y se hace más tierna, más solidaria entre ellos y más descentrada y libre, (3) una *pareja activa* que da a luz una familia activa, que viven cada día con la normalidad del trabajo, los horarios, el colegio, los móviles y las fiestas de cumpleaños, pero que en ello buscan, con naturalidad, ser plataformas para la misión, iglesia doméstica, ‘célula revolucionaria’ que busca cambios y propone un estilo diferente y más atractivo, (4) una *pareja contemplativa*, capaz de educar su mirada y su diálogo para encontrar a Dios y su Reino en las cosas

3. RM VIII, 220, 230; IX, 2, 233 y X, 234. La *cursiva* es nuestra.

cotidianas⁴, una pareja que al estilo de Teresa de Jesús se atreve a saber y a decir que ‘Dios anda entre los pañales y en la cesta de la compra’; por supuesto, es una pareja que busca activamente espacios y recursos para el retiro y la oración, claro que sí, pero que asume que Dios se encarna también en su vida sencilla, en la gente normal que forma su familia y que ahí reside el icono más frecuente y más válido, y quizás por ello, son una (5) *pareja integradora* de lucha y contemplación, de oración y acción, de búsqueda y reflexión, de momentos de parar para ver qué ha pasado y decidir con honestidad, realismo y confianza, qué hacer en el futuro inmediato ante esa situación muy concreta ante la que se proponen varias posibilidades pero no todas igual de evangélicas ni igual de oportunas, y, por último, (6) *parejas abiertas a la gracia*, conscientes de lo ‘práctico y eficaz’ que es vivir la vida al estilo de Jesús, con memoria de los bienes recibidos, con suficiente valor y autoestima compartida para reconocer que no siempre han estado a la altura de lo que (se) prometieron y que quieren creer que el tesoro de la fe –opción de sentido con implicaciones prácticas, dice un jesuita amigo– es el mejor patrimonio que tienen como personas, como pareja y como familia.

Algo de esto es seguramente la propuesta del matrimonio cristiano, entendida como vocación personal, llamada de Dios al hombre y la mujer para vivir en plenitud. Y resulta muy consolador saber que se trata de una propuesta para la que tenemos toda la vida y no algo que se da por supuesto que hemos alcanzado. La gradualidad de nuestra respuesta no minimiza la grandeza de la llamada ni lo elevado de la meta y el tesoro; simplemente nos recuerda que somos personas normales hechas de vida

4. Es sugerente la afirmación de López Quintás, citada en R.C. CUENCA «El amor en el matrimonio. Capítulo IV Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia*», Medellín, 165 (2016), 301-317: “*Necesitamos suscitar en nuestro ánimo desde niños el sentimiento de asombro ante todo lo que encierra un valor: el clima hogareño de amor incondicional y ternura, un bello paisaje, un pueblo acogedor, una obra artística o literaria de calidad, un juego vivido con espíritu creativo, una conversación ingeniosa, un día espléndido, una acción noble, una fiesta popular o litúrgica vivida con autenticidad... Esta capacidad de emocionarnos al ver la alta calidad de seres y sucesos cotidianos nos da energía interior suficiente para vencer la tendencia a las ganancias inmediatas*”.

normal, y que es precisamente ahí, en esa realidad sencilla de las cosas de casa y no en otros desafíos que seguramente no existen, donde debemos empeñarnos en crecer. Algo de esto es lo que nos recuerda el número [72] de *Amoris Laetitia*, cuando afirma: *‘El matrimonio es una vocación en cuanto que es una respuesta al llamado específico a vivir el amor conyugal como signo imperfecto del amor entre Cristo y la Iglesia. Por lo tanto, la decisión de casarse y de crear una familia debe ser fruto de un discernimiento vocacional’.*

En el medio está la virtud: haciendo equilibrios para avanzar en una propuesta de ‘todos ganan’

Pero el discernimiento no termina el día de la boda, cuando los recién casados son recibidos a la salida de la iglesia entre aplausos, ovaciones y puñados de arroz. No, la necesidad de discernimiento va a imponerse en numerosas ocasiones; algunas tendrán la forma de decisiones importantes que deben tomarse, pero la mayoría son actos cotidianos que exigen criterios desde los que interpretar y decidir. Y es que la vida de la pareja no empieza, termina, ni se desarrolla sólo en ella misma. Los novios, los esposos son también personas con amigos propios, con trabajos que ocupan más de las ocho horas diarias de jornada laboral, con inquietudes y sueños individuales, donde sin duda el plan compartido (y el pan compartido) y la relación entre ellos son esenciales también para cada uno, pero no fluyen siempre con facilidad innata. Y además, la pareja será, probablemente, padre y madre en un momento y para siempre, seguirán siendo hijos y hermanos, y sobrinos y tíos, y vecinos, ... El término ‘conciliación’, que tan frecuentemente se refiere a realidades familiares y laborales, no es sólo cuestión de horarios y calendario, ni se agota en uno u otro convenio colectivo, sino que se hace visible y real en muchas situaciones cotidianas, donde la pareja y cada uno de ellos por separado, se mueve en un equilibrio entre dos tensiones. Cualquiera de los dos polos apuesta por lo positivo y lo bueno, pero es preciso aprender a conciliar ambos si se quiere evitar el peligro de la limitación y la trampa de terminar siendo o sólo la mitad de algo o sólo la yuxtaposición con alguien. Y es fácil encontrar ejemplos de esta tensión en la vida de cada día. Animamos a los lectores

a que se pregunten por ocasiones en las que esta disyuntiva se presenta y exige una toma de postura, que no siempre es clara:

- *identidad personal propia versus vinculación como pareja*: si están llamados a ser una sola carne donde lo común se haga parte insustituible de lo individual⁵, no es menos cierto que cada uno/a debe seguir cuidando de su proyecto personal y seguir aportando desde ahí al plan compartido. Si se renuncia a priorizar lo común, la pareja termina siendo ‘un par de compañeros de piso’; si se renuncia a lo personal, y peor aún, si se anima de una u otra forma a renunciar a lo personal, se pierde la persona, y por tanto buena parte de la mitad de lo construido,
- *ser pareja vs. ser padres*, porque lo segundo es prioritario muchas veces, en tareas cotidianas de cuidado y dedicación, pero no sólo cuidar la pareja es clave para asegurar la vida familiar entera, sino que ser pareja que convive a diario en todo es el plan personal con vocación de continuidad para toda la vida, y no es legítimo anular lo primero por atender en exclusiva a lo segundo,
- *cuidado de los propios vs. apertura al mundo*: que la caridad comience por la propia casa no implica que termine en ella. Si es cierto que nos unen lazos de carne, no es menos cierto que optar siempre y sin dudar por el beneficio de los propios ni es ético, ni es sostenible si sale gratis. Formar una pareja y una familia no supone la negación de ser ciudadano y velar por el bien común,
- cuidar la interioridad/acción, siendo capaces de vivir activamente, con una mirada trascendente, sin llegar a ser místicos que sobrevuelan la realidad sin implicarse en ella,
- *respeto y educación para la libertad vs. transmisión de la fe y los valores*: tensión de educar a sus hijos en el deseo de hacerles personas libres y con criterio, ofreciendo para ello las claves de interpretación y decisión que consideran más válidas, y cierta indiferencia en los hijos,

5. Cuando le preguntaron a Miguel Delibes por el fallecimiento de su esposa, el escritor castellano respondió con naturalidad: ‘*Ha muerto la mejor mitad de mí mismo*’.

cuando no activo rechazo, por la fe y los valores transmitidos. ¿Hasta dónde obligar, hasta cuánto invitar y sugerir, cuándo retirarse para no estorbar, cómo transmitir sin imponer, cómo permitir ser libre aun anticipando el fracaso...?

- *entrega en todo al otro vs. respeto por el propio cuidado personal*, incluso en la propia donación sexual, en el respeto a los procesos personales, en la cercanía silenciosa ante situaciones que sólo se pueden vivir en soledad, en las decisiones relevantes en el ámbito profesional o laboral...
- *amor personal a Dios por encima de todo vs. amor y oblación al otro*, porque si es cierto que el matrimonio es sagrado, no lo es menos que sólo hay un Dios a quien alabar, hacer reverencia y servir como Señor, y todas las cosas –también el matrimonio– han sido creadas para ayudarnos en ese fin. Y no es menos cierto que la preferencial manera de dar culto a Dios es el cultivo de la vocación a la que hemos sido llamados, y en el caso del matrimonio, a la entrega particular y exclusiva a una determinada persona, con rostro, nombre y apellidos,
- *llamada a la excelencia vs. aceptación de la realidad del otro y de la sencillez de la pareja que formamos*. En esta tensión insiste la *Amoris Laetitia* y su defensa de la gradualidad. Sobre el papel la cosa está clara, pero cuántas veces somos sobre-exigentes con nosotros mismos o con el proyecto en común, o confundimos nuestras aspiraciones con expectativas basadas en mitos heredados o propios mejor o peor formulados. Con cuánta frecuencia, sobre todo cuando ha transcurrido un tiempo largo de convivencia, y no sin cierta sensación de fracaso se cae en el realismo cínico –las cosas son lo que son y no hay para más– o en la inmediatez de una aceptación resignada de las limitaciones, o en el presentismo sin más horizonte de trascendencia, o en pensar que en otras circunstancias o con otra persona todo hubiera sido más intenso y sublime,
- *ser instrumento de transformación vs. cuidar la ternura y el afecto*. Evidentemente que no son cosas incompatibles y hay momentos y ocasiones para cada cosa, pero ni la intimidad excluyente es liberadora ni el compromiso continuo puede ser sostenible, sin contar con el otro extremo de esta posible polaridad,

- *opción por lo pequeño vs. desafíos y sueños grandes*: la fidelidad de los pequeños momentos de la vida [AL 231], la concreción histórica de los grandes conceptos, el cuidado de los detalles como expresión de la apuesta por lo más grande, la fidelidad, la atención, el cuidado y la promesa sponsal para toda la vida que se hace concreta en cada momento... Tener capacidad de ver el futuro y hacer un proyecto compartido, determinar los valores como pareja que parecen decidirlo todo, pero también capacidad de mirada corta, cuidando los momentos. Es la tensión para evitar caer en la miopía o en la presbicia.

Un icono muy familiar como conclusión y confesión íntima

El Reloj de la Familia⁶ es una herramienta diseñada y acompañada por la Comunidad de Vida Cristiana a la que merece la pena invitar. Nosotros nos regalamos la experiencia el año que hacíamos las bodas de plata y sin duda, fue el mejor de los regalos que recibimos. O mejor, fue una caja llena de regalos: recordar, gustar de nuevo, refrescar motivaciones, re-conocernos, reformular nuestro proyecto de familia, agradecemos, reconectar... E intentar escribir este artículo desde la experiencia compartida y analizada, como pareja que somos desde hace tantos años.

El tercer tiempo del Reloj se centra en hacer, re-hacer y revisar el proyecto de familia. Y se inspira en una imagen muy familiar, porque ‘el casado casa quiere’ y toda familia se reconoce en su hogar. Hacer obras en casa, o cuanto menos decorarla un poco mejor es cosa que hacemos todas las parejas y todas las familias: el ‘juego’ consiste en hacer de arquitectos y diseñar nuestra casa, una casa para la familia que somos ahora, y que recogiera todas las estancias, desde las más abiertas a las más íntimas, cada una con su especificidad. Y que les diéramos contenido.

Compartir parte de nuestro proyecto de familia es una confesión personal por si puede ayudar, y una manera de dejar por escrito nuestro particular

6 F. VIDAL Y CVX ESPAÑA, *El Reloj de la Familia*, Mensajero, Bilbao 2015. F. VIDAL, *El Reloj de la Familia. Guía práctica para proyectos de familias*, Mensajero, Bilbao 2016.

compromiso con el proyecto al que estamos llamados y que se juega en las pequeñas decisiones de cada día donde entra en juego nuestra capacidad para hacer equilibrios entre las tensiones que se han descrito más arriba. Sin duda, es la parte más prescindible del texto, pero lleva, también sin duda, la mejor rúbrica de sus autores.

El centro de nuestra casa es, como en muchas otras, el *salón*, el espacio donde nos reunimos, conversamos y compartimos las experiencias de cada día, donde descansamos de los quehaceres cotidianos y encontramos el consuelo. En esta estancia hay un fuego que da calor de hogar, que nos atrae a todos a acercarnos, a poner los pies en alto y escucharnos. Ese calor, que es el amor familiar incondicional, es el ambiente donde se puede decir todo y recuerda a diario que todo se entiende y todo se comprende (o al menos, todo se desea comprender y todo se desea escuchar), y cuando es necesario, se devuelve la realidad transformada con el aroma hogareño que venimos buscando. En esta estancia cada uno tiene su sitio particular, siempre se espera a cada uno y se recibe lo que trae, para hacerlo ‘nuestro’.

El salón está conectado con la *cocina*: un espacio de trabajo, donde se planifica, se organiza la semana, donde se evalúa, se dan los avisos, se hacen las asambleas familiares. En ella hay una mesa redonda, y esto no es así por casualidad. En ella todos tenemos voz y no hay cabeceras, ni puestos preferentes. Cada uno en el papel que tiene, pero todos formando un solo círculo, que al día de hoy, no tiene inicio ni fin. Todos en círculo, podemos vernos las caras, reconocer cómo está cada uno, y todas las voces se escuchan por igual. En esa mesa, lo mismo se celebra que se discute, se reponen fuerzas y se hacen deberes, nos reímos, o compartimos nuestras preocupaciones, oímos las noticias y recibimos invitados.

Estas dos zonas, que son el corazón de nuestra casa, se abren al exterior a través de un *vestíbulo*, en el que hay un foco, cuya luz ilumina el resto de las estancias. A este foco le llamamos el ‘para qué’. A veces, la luz entra directamente desde la calle y otras, es necesario encender el foco, cuando la luz no llega. Se trata de un vestíbulo sin puerta, donde corre el aire del exterior, abierto a lo de cerca, al barrio y a lo de lejos, a aires también extranjeros. Conecta directamente con el *jardín* posterior, sencillo, pero

muy acogedor, atravesando salón y cocina. El corazón de la casa está directamente conectado con lo de fuera y lo más interno de la casa. Esto nos hace querer ser una 'pareja y una familia para los demás'.

En los *dormitorios*, lugar más privado de cada uno, hay que entrar pidiendo permiso y a veces, descalzarse para no ensuciar. Allí se desarrollan los proyectos de cada miembro de la familia. Se apoyan en la primera planta que acabamos de describir, parten de ella, pero tienen su propia identidad y dimensión. Cada uno decora como quiere su espacio, le da su toque personal y se puede identificar de quién es cada uno, por la decoración, el orden o desorden, la limpieza, e incluso el ambientador. Es el espacio de los proyectos personales, los de cada uno. Donde los hijos van diseñando su futuro, donde sueñan con sus proyectos personales y donde se sienten sostenidos, pero libres, donde saben que se ofrecen oportunidades para *ser* y que, aunque esos proyectos personales no coincidan con los sueños de sus padres, van a ser acompañados y animados, porque nuestra casa es y será el lugar al que volver, siempre.

El dormitorio del matrimonio es un poco diferente. También hay un espacio para cada uno, pero va creciendo el espacio compartido. Es lugar de diálogo íntimo, de entregarnos en alma, pero también en cuerpo, de seguir aprendiendo a ser padre y madre, pero también marido y mujer. De momentos tranquilos donde leer un poco antes de dormir, y desconectar de la jornada cansada, de hacer un hueco personal y rezar por las cosas de cada uno y por las de los dos, de intentar una y otra vez, renacer la base sobre la que se asiente todo.

En los *cuartos de baño* de nuestra casa hay enormes ventanales. En ellos se asume lo menos bonito de cada uno y de todos. Es donde se vive con naturalidad el error, lo que menos nos gusta de cada uno, de nuestro matrimonio y del nosotros que hacemos entre todos. Es el espacio de nuestras miserias. En ellos hay ventanas grandes para ayudarnos a ventilar y airear. Y en ellos es posible lavarse, perfumarse, arreglarse... ¡a diario! Porque a diario se puede (re)comenzar de cero. La única prohibición es acabar el día sin perdón y sin reconciliación.

Un piso más arriba, está nuestra *sala de juegos*. Es un espacio amplio, diáfano, lleno de cosas divertidas. Es un espacio para disfrutar, para reír

y para hacer el gamberro, para pasar tiempo juntos, para planificar viajes, para hacer concursos y contar chistes, para olvidar la seriedad de la vida y buscar el placer... para cuidar las relaciones y conocernos mejor.

También hay un *desván*, donde están escondidas las dificultades, los dolos, las malas temporadas, los desengaños, los fracasos, la enfermedad y la muerte. Es un lugar al que nos cuesta subir, pero que no deja de llamarnos. A veces bajamos algunas cajas, las revisamos, tiramos lo que ya no sirve y reciclamos lo aprovechable. Si pasa mucho tiempo sin limpiar, debemos dedicarle alguna jornada extra y que no se acumulen los trastos. Queremos construir allí también una ventana, que deje entrar la luz y que ilumine los rincones más escondidos, pero no termina de ser fácil.

En nuestra casa hay un *olor* característico, que todos reconocemos al llegar, que nos recuerda que estamos en lugar seguro y que lo hemos construido juntos, donde tenemos una manera de vivir en familia con un estilo propio, que incluye vivir las cosas de la vida desde la fe en Jesús y transmitirla y compartirla de forma explícita.

Esta es la casa que queremos construir, que tiene muchas estancias en obras, algunas más acabadas, a falta sólo de una mano de pintura, y otras en remodelación constante. Sabemos que cuando nos parezca que está terminada, tendrá que seguir adaptándose a las nuevas necesidades de los miembros de la familia y del exterior, pero no queremos desanimarnos con las obras porque, además, contamos con muchas ayudas para seguir.

El hogar de unos malabaristas que deben cuadrar las cuentas de casa, atender una familia que reclama constantemente, seguir soñando un proyecto ilusionante en el que quepan también los proyectos de cada uno y haya un mutuo enriquecimiento de unos sueños sobre otros. El hogar de unos malabaristas invitados a hacer su espectáculo en el mayor circo de la tierra, aunque cada día ensayan y practican –poca cosa como son– en el salón de su casa, en el patio del colegio de los críos, en la pequeña comunidad que les acoge, en el trabajo donde se ganan el pan y la condición de actores y en el barrio donde hacen mundo.